

Domingo Melfi

Las novelas inexistentes (1)



O natural en una charla literaria acerca de la novela chilena, sería preocuparse de las novelas que se han escrito, investigar el origen de los asuntos y trazar un examen de sus personajes más importantes. Pero nos será permitido, en esta ocasión, hacer exactamente lo contrario: hablar de las novelas que no se han escrito. Es también una posición congruente, si bien estas obras carecen de título, de argumento y lo que es más serio, carecen de autores. En buenas cuentas vamos a hablar o trataremos de hablar de hijos que no han sido engendrados, por padres que sin duda existen, pero que no han querido hacerlo o han evitado el lógico proceso de dar vida a seres que esperan en una eternidad remota o próxima la existencia que se les debe.

Hay un ciclo brillante en la novela chilena: nace en Blest Gana y se prolonga a través de casi un siglo hasta dar con los autores presentes. Pero esta novela

(1) Conferencia leída en la Universidad de Chile en junio próximo pasado bajo los auspicios del Departamento de Extensión Cultural.

tiene un ritmo lento, una actitud como de sosiego insobornable. Blest Gana da una pauta que luego se transforma en los autores que le siguen, por la acción del estilo. Blest Gana es parco, es monótono y es ceremonioso. Trabaja para una sociedad de corte y prosapia, tranquilos. Narra con soltura y cuenta a sus nietos, o a sus hermanos o a sus hijos el crecimiento, desarrollo y peripecias de una sociedad convulsionada por sucesos a los cuales da en general, escasa trascendencia. Al filo de sus evocaciones construye la arquitectura de las costumbres chilenas a mediados del siglo pasado. Esas costumbres son aun coloniales. Y entre ellas bosteza o se despereza la edad nueva. Blest Gana escribe casi todos sus libros fuera de Chile. Trabaja, pues, sobre lo que Valle Inclán llamaba la estética del recuerdo.

Blest Gana no da importancia alguna al drama psicológico. Es un costumbrista. Un ser enamorado de las cosas externas de su tierra.

¿Pero cuáles son estas novelas inexistentes? ¿Por qué podemos decir ahora que nos preocupa este tópico, tanto como ayer nos preocupaba el de examinar las novelas existentes? ¿Es acaso posible hablar de seres que no tienen vida, que se mueven en la región confusa de lo indeterminado?

Una novela es un ser con todas sus pasiones, con todos sus caprichos, con sus virtudes y con sus defectos. Pero un proceso novelesco es así mismo la historia integral de un país, de una colectividad, de un

mundo. El mundo chileno vive fragmentariamente en muchas de las novelas hasta hoy escritas. Un extranjero, pongamos por caso, puede conocer la historia de las costumbres chilenas en el siglo pasado, a través de las novelas del padre de la novela nacional, Blest Gana. Puede saber cómo vivía y como actuaba la sociedad posterior a la independencia y aun la sociedad que padeció los tormentos de la lucha contra el poder español, en los días de la reconquista. Pero en cambio existe una etapa social desconocida, una etapa oscura, confusa y caótica. Es la que va desde la guerra del 79 a la revolución del 91.

Cuando se leen las páginas sagaces y penetrantes de Fanor Velasco en su libro «La Revolución del 91» o las notas de Jacobo Edén o ciertos documentos vivos de aquella revolución, se comprende que hay un gran vacío en la historia de nuestra novela. Faltan las novelas de aquella sangrienta revolución, así como faltan las novelas de aquellas jornadas heroicas de la guerra del Pacífico, aun cuando existan documentos narrativos como los de Daniel Riquelme, o páginas episódicas de otros autores. Los libros de Velasco y de Edén son libros de memorias. No son novelas. Pero tienen tal intensidad y tal acopio de datos humanos y de repuntes dramáticos, que al leerlos se vuelve involuntariamente la vista hacia el campo novelesco y se constata la total ausencia de obras de imaginación labradas sobre los episodios más sombríos y más esplendentes de aquella

jornada, que descalabró a la sociedad chilena y la partió en dos hostiles porciones adversarias.

Es, pues, natural y lógico que hablemos de novelas inexistentes, puesto que existe el drama, existen los personajes, existe el medio en que se desarrollaron pasiones y crímenes.

Hace algún tiempo insinuábamos un programa para un novelista cualquiera que se aventurara a dejar prendido en las páginas de una serie de novelas, hechas a la manera de frescos, el proceso de nuestra evolución social. Decíamos que era posible realizar este intento, mediante la construcción de tres grandes novelas: la de la «Colonia», la de la «formación de la República» y la de la «organización». La primera abarcaría todo el poder omnímodo de la Encomienda, con sus terribles dramas humanos; luego la segunda iría de la emancipación política con el fragor de los motines militares aplastados por el ímpetu violento de Portales—personaje central de un drama de gran estirpe humana—hasta el proceso de la organización democrática y; finalmente la novela de la riqueza del salitre, riqueza que se estrella en la tormenta brutal del 91 y derrama su poder corruptor a través de treinta años de placeres y de irresponsabilidades políticas. Estas tres novelas podrían iniciar lo que queremos denominar de algún modo, episodios nacionales. Abarcarían períodos de alta tensión dramática en el correr de nuestra nacionalidad. Pero nuestros novelistas han eludido estos aspectos de nuestra historia, tal vez porque consideran que la novela no

puede sino inclinar su atención sobre los motivos esencialmente próximos, o sea, en los que están más cerca de la pupila que observa. No se trata de quitar a nadie su derecho para novelar lo que estime de su interés. Nuestro propósito no es otro que el de demostrar que se puede trabajar sobre las etapas muertas de la historia y crear un mundo vivo y palpitante, extraído de los osarios o de los documentos amarillos y sin vida que yacen olvidados en los rincones de las bibliotecas.

Es indudable que el reparo de repetición constante de los temas que se ha hecho a la novelística chilena, deriva en mucha parte, de esa ausencia de interés por el pasado, en cuanto este pasado es materia orgánica dominante, para la creación novelesca. El campo es un tema y un propósito de los más laudables. Pero el campo se sucede en la narración, casi con el mismo ritmo pausado y objetivo. Los personajes vuelven a surgir con distintos ropajes o distintas expresiones en series casi enteras de escritores, aun con intervalo de años, entre un narrador y otro. Así sucede que el novelista ya maduro que inició su carrera literaria contando sucesos e historias del campo, encuentra un eco en el novelista que inicia o comienza su carrera con narraciones de temas igualmente campesinos. Son ecos de aquella primera forma de narración. Los escritores de motivación campera, los escritores que formaron en la generación de 1900, están seguidos a corta distancia, en técnica, por escritores posteriores. La formación del estilo es tal vez distinta, pero la esencia del cam-

po y la conformación de los personajes, son casi los mismos.

Los autores de tendencia campesina, precursores y por decirlo así, aradores del terreno: Díaz Garcés, Santiván, Latorre, Espinosa, Maluenda, Gana, los hemos nombrado tantas veces, realizaron la etapa primera, etapa de descubrimiento y de conquista. Acercaron su curiosidad, su pasión, su sinceridad, cuando nadie lo hacía y acaso cuando era de mal tono hacerlo, al paisaje chileno iniciando uno de los movimientos literarios de mayor calidad en la historia de las letras chilenas y quizá, en la historia de la literatura hispanoamericana. La generación del 900 a la cual pertenecen los nombrados y algunos más, representa pues, un tipo de generación precursora, de alta significación en el panorama literario de Chile y que es menester estudiar con más profundidad y con más amor.

Pues bien, lo que imprime carácter a un proceso novelesco y concurre a ajustar la historia social en su verdadero equilibrio y en su verdadera prestancia, es la fuerza humana de las creaciones. A esto hay que agregar la observación de la naturaleza social, no con propósito de levantar tesis o doctrinas determinadas, no para servir a la política — el arte nada tiene que ver con la política — sino para mostrar la sangre, la médula, la carne de la vida. En suma, para saber si en verdad el hombre ha tenido un lugar preponderan-

te en la creación artística y por extensión en el drama de la realidad.

Por ejemplo, se ha insistido en la carencia de novelas de la pampa. ¿Nadie vió el drama de la pampa? Es evidente que fué visto y presentido, pero se dejó escapar de las manos. No por incapacidad, sino por razones personales de cada autor y que no hay para que subrayar en este momento. Es cierto que a la historia de la creación artística, no le importan las razones personales, sino el hecho en sí, la creación misma, los resultados del esfuerzo y de la potencia de creación. La historia no puede justificar la invalidez o la mediocridad o la falta de entereza para abordar un asunto o para elevar al rango de obra de arte episodios corrientes de la vida. La historia reclama los hechos cumplidos.

Cuando Chile entero, hacia 1900, era una fuga a la región del salitre y cuando de allí volvía al centro del país el deshecho humano junto con la caudalosa riqueza, las escenas del crimen y de la pasión, los instintos desbordados y las miserias de los explotados, el dolor de los que sucumbían y las maldiciones de los que eran burlados por la avidez de los negociantes; —todos eran tipos humanos en su medida particular— cuando, en fin, aquel vasto océano petrificado que era la pampa, de desolado esplendor, gravitaba, por su inagotable riqueza sobre la vida entera del país, nadie quiso captar el drama o los infinitos dramas que en aquella región se desencadenaron. ¿A quien o contra

quien va dirigido este reproche? Contra nadie en particular, porque no se trata de eso precisamente, sino de fijar un hecho.

La pampa fué un escenario magnífico, de vasta entonación humana y de potente grandeza en la ramificación del crimen, de la avidez y de la explotación. Quizá su naturaleza podría compararse a la que alentó en las grandes zonas de explotación del mundo, como California, Alaska, o las regiones mineras del Africa del Sur. En esa zona se acumuló el país entero y de allí se desparramó hacia el centro, no sólo la riqueza que crea el poder y el bienestar, sino la riqueza que prepara la corrupción y por lo tanto la desintegración moral. Santiago que era la capital de un país sobrio y patriarcal, se convirtió, andando los años y por la virtud de ese torrente de oro que brotaba del flanco desgarrado del desierto salitral, en una capital de placeres y de vicios irresponsables. Tal vez el novelista que echamos de menos o la novela que no existe, nos hubiera dado una clave precisa y un análisis doloroso de aquel proceso, en la arquitectura de personajes vivos, elocuentes, poderosos en su enérgica gravitación humana.

Y no es que sostengamos que esa novela debió ser o debería ser la novela de Chile. No. Esa novela debió ser o debería ser una de las novelas de Chile; una de las creaciones de más auténtico sabor en el drama que es la formación de una nacionalidad. En el drama nuestro, tan turbador y tan claro como lo es en otro

aspecto la novela de las regiones magallánicas, centro igualmente de tragedia y de explotación del hombre por el hombre; de crímenes y de riquezas fantásticas, hasta hoy sin el sello y sin la rúbrica de un poderoso intérprete novelesco.

En cambio el valle central, por estar al alcance de la mano del narrador, ha gozado de las excelencias de ser el sector de más expedita y de más constante preocupación de la novelística. El valle central vive, en muchos libros, en la descripción y en el agotamiento de los cuadros coloristas, en sus escenas de costumbres, en la plasticidad de sus paisajes. No en la fuerza de la entonación humana. Las tierras de este valle, infunden al parecer tranquilidad y sosiego en el hombre. No le incitan a luchar porque la naturaleza es benigna y es acogedora. El clima adormece y amarra suavemente los miembros. Le permite al hombre seguir la pasión de su errancia. Le lleva de un punto a otro por los caminos y las sendas innumerables. Es la región de los viñedos y de las huertas. La región de las alamedas umbrías y de los caminos al borde de los ríos.

Las distancias están jalonadas por tabernas, despachos y tambos alegres. Hay chozas y mujeres. Frutas y aves y animales dóciles que siguen los pasos y a veces se encariñan y van a la zaga hasta que retornan con el andariego o buscan en otro sitio un lugar de contento y de reposo.

El centro del país gozó siempre de mayores exce-

lencias. La naturaleza fué pródiga con los escritores del valle central; los llevó de la mano con mayores comodidades y pudieron observar mejor los episodios y peripecias de sus pobladores. No así el norte roído de lepras humanas, cubierto de injusticias, y el extremo austral, entregado a la voracidad de los negociantes y pica pleitos. La pampa y la zona magallánica, son regiones hostiles e inhospitalarias, a las cuales se tardaba en llegar y de las que nunca venía otro rumor que el de la ciega obstinación del hombre por dominarlas. Pero en esta misma obstinación y en este mismo tenaz empeño de conquista, vivía la rica energía humana, en la batalla violenta, bien contra la naturaleza erguida e implacable, bien contra la furia y la violencia de los hombres que se perseguían o se mataban en las soledades, sin más testigos que el dramático silencio de las llanuras o de las montañas heladas.

Es necesario volver una vez más al largo silencio de los novelistas sobre los episodios de la revolución del 91. ¿No fueron acaso episodios dramáticos? ¿Carecen de médula novelesca? ¿No existieron en su interna modulación trágica, tipos moralmente deformes o sanguinarios? ¿Fué acaso una revolución de bambalinas, abultada en sus resultados y en sus consecuencias por los historiadores inmediatos y por lo tanto parciales? ¿No existieron acaso dramas ocultos, persecuciones amargas, crímenes abominables, traiciones que hielan de espanto y deslealtades inconcebibles? La docu-

mentación que existe deja ver un material novelesco de primer orden y de primera mano. Material novelesco que lo da el suceso mismo, el desarrollo histórico de los acontecimientos, la desviación de la naturaleza humana, capaz de sobreponerse por el heroísmo y aun por el crimen o la bestialidad, puesto que todo eso está hecha, trenzada y construída una revolución. Durante años, la sociedad chilena vivió sometida al peso trágico de esa contienda brutal. Durante años, penaron en un oscuro y angustioso sufrimiento, familias enteras contra las cuales se agitó y movió en la obscuridad la saña implacable de los perseguidores.

Hace unos meses, la sociedad de Santiago asistió, emocionada a la visión de una película, cuyo argumento está basado en episodios de la guerra civil de Estados Unidos, la más bárbara y la más sangrienta que haya ocurrido en el libre suelo americano: la película «Lo que el viento se llevó». Aquella guerra llamada de «secesión», fué también la prueba más dura que hubo de soportar, en su crecimiento, la sociedad norteamericana. Sus consecuencias cruzaron los años. Había pasado medio siglo, los principales protagonistas habían muerto, las huellas estaban borradas casi enteramente y, sin embargo, en el recuerdo, en la evocación de sus novelistas, o en el recuento vivo de los sobrevivientes, ya ancianos, vivía y estaba vigente el amargo sufrimiento de los años tan distantes. Es que la revolución había provocado en el seno de los hogares norteamericanos reacciones tan brutales y movimientos humanos

tan hondos, que nada podía apagar los cenizas de aquel incendio colosal. Sólo por el sufrimiento, por el sacrificio o por el odio suelen los hombres alcanzar la cumbre de la perfección o de la bondad.

Las revoluciones, son indudablemente, terribles pruebas para los pueblos, porque en ellas se desata todo lo que hay de más negro e innoble en el alma de los hombres. También lo que hay de más puro y de más enaltecedor en la naturaleza humana. Aparte de estas explosiones casi lógicas, puesto que son la consecuencia del poder de los instintos, existen las lecciones filosóficas y las lecciones de la emoción y de la inteligencia; las lecciones históricas y las lecciones sociales. Un novelista extrae como de un pozo, pasiones vivas y seres vibrantes. Los ata en el nudo de una acción y los hace caminar o bullir a través del tiempo ido, actualizando sus miserias o sus grandezas. Un pueblo piensa mejor o se satisface mejor a través de las emociones que suscita en su alma múltiple la varilla mágica de un creador novelesco. La historia documental, fría e impasible, no logra sino en la mente un si es no es, yerta de los doctos o de los especializados el resultado que persigue. No alcanza sino a ciertos tipos de la inteligencia. Es difícil su asimilación completa porque requiere de una larga preparación del intelecto.

Nuestra literatura novelesca tiene esas zonas vacías de creación que han impedido hasta hoy a una gran porción de nuestro pueblo, entender el móvil y el mecanismo emocional de ciertos sucesos históricos en los

cuales la nacionalidad sintió sus más auténticos latidos. En aquella revolución nuestra, la del 91, participaron todos los sectores sociales y todos se agitaron en la sombra o en la luz, persiguiendo sus personales intereses o sus vitales apetencias. Don Luis Orrego Luco, trazó en su novela «La Tempestad», algunas páginas elocuentes. Pero no llegó a la cima del dolor ni clarificó el proceso de esa contienda que modificó tan substancialmente el sentido de nuestra historia social. Es, sin embargo, la novela citada, una muestra de aquel conflicto como lo es en menor medida, la de un olvidado escritor chileno, René Brikles, que en su corta novela «Los últimos proyectos de Eduardo Castro», trazó con singular sentido del movimiento novelesco una imagen de las batallas de Concón y Placilla, adaptándola al ritmo de la naturaleza del arte. Leyendo el relato de esas batallas uno evoca, salvadas por supuesto, las distancias, el soplo realista y humano de la batalla de Waterloo en las páginas maestras de la Cartuja de Parma, de Stendhal.

Debe insistirse en que no hay en estas palabras reproche alguno para los novelistas chilenos. En esta puntualización de la inexistencia de algunas novelas, habría que decirlo con más propiedad. No puede haber reproche, sino más bien exceso de preocupación por la suerte misma de nuestra novelística. Si la crítica literaria tiene fijada su postura en el hecho de servir como puente entre el lector y el autor para acercar a éste a aquél y para completar la obra con una especie de se-

gunda creación, es natural que sea al propio tiempo una animadora del escritor. No se concibe la crítica como una simple pesquisa policial; no es una forma subalterna del arte, ni un afanoso empeño por demostrar erudición o sabiduría. Es algo más que eso. Está revestida por la tradición de los más gloriosos, de una especie de intuición y de energía en el complemento de las obras realizadas. Vive tanto como en el creador auténtico, en trance de creación permanente, puesto que debe estar animada de pasión por el arte y de amor por los temas en que trabajan los autores.

No se comprendería de otro modo la vigencia constante de De Sanctis, por ejemplo, en la historia de las ideas estéticas en Italia o la vigencia de hombres tan altos en el dominio del arte, como Remy de Gourmont en Francia, muertos ambos, y sin embargo, vivos en la conciencia de los creadores. Precisamente, porque fueron animadores del drama humano en la creación artística. Fueron espíritus agudos, hondos, impacientes y no tardíos o muertos en el drama de que hemos hablado. Sin desconocer nosotros la importancia de lo que hasta aquí ha realizado nuestra novelística, en casi un siglo, señalando uno de los fenómenos más magníficos en el continente americano, no podemos dejar de subrayar esta inexistencia de temas, esta ausencia de interpretación en una trayectoria histórica y social que tiene tantos y tan bellos motivos para el esfuerzo novelesco. Y no porque tengamos la pretensión de querer compararnos a aquéllos, sino por-

que tenemos el deber de señalar lo que estimamos más congruente y más imperioso en la vida de la creación artística.

La Colonia está llena de episodios admirables, como lo está la emancipación con figuras tan dramáticas y tan interesantes como las de Manuel Rodríguez o Carrera, o Benavides, o los soldados mismos que participaron en la contienda, sirviendo en el afán libertador de sus generales. Nosotros no hemos tenido cantores de pueblo ni hemos logrado simbolizar en un personaje único la pasión y las vehemencias, el amor y el sufrimiento, las virtudes esenciales de la raza con sus cualidades y defectos, como en otras literaturas, la argentina, pongamos por caso, con su creación del «Martín Fierro». Ha faltado entre nosotros ese cantor y ese aunador de vivencias humanas. Y es forzoso pensar que tal ausencia ha mortificado la unidad misma de la raza, en cuanto esta unidad es orgullo y es grandeza y sentido de lo heroico o de lo permanente como estímulo y como voluntad de acción.

La novela debió tomar sobre sí esta tarea, transformando en una epopeya para el pueblo todo el acervo de heroicidad, de humor y de coraje de que el chileno dió muestras en su continua errancia por los caminos innumerables de su tierra. Fragmentariamente esta noción de raza está dada en muchas de las narraciones de nuestros más celebrados, autores, desde Pérez Rosales a Latorre, Edwards Bello y otros más próximos a nosotros. Pero no existe en verdad, un tipo de no-

vela del cual pudiera decirse que es *síntesis* y compendio de esta razón vital de ser y padecer que es el tipo racial nuestro.

Pero dejando de un lado este tópico que nos llevaría demasiado lejos, lo que queremos decir es que falta una serie completa de narraciones interpretativas del proceso de nuestro desenvolvimiento social y psicológico y de los vaivenes y alternativas padecidos durante el largo proceso de la vida chilena.

Hay una transformación profunda de la sociabilidad que no ha sido captada, que quedó iniciada en la novela de Blest Gana, «Martín Rivas» y que los noveladores posteriores trataron de continuar en una serie de novelas de la clase media, insuficientes en cuanto se refiere a la calidad de los personajes y al ímpetu de su conquista social. Estos héroes de la clase media, semejantes a Martín Rivas, pero distintos en su concepción de la vida y de los intereses humanos, no han sido fijados en sus aspectos más fundamentales. El tufillo romántico del hombre de provincia que viene a la capital a conquistar una posición y una mujer de prosapia para incorporarse al medio social aristocrático, dejó de ser o se desvaneció y no es más que eso: un tópico romántico

La sociedad de tiempos de Martín Rivas, a mediados del siglo pasado, era muy otra de la sociedad de 1900 o de la posterior a esa fecha que los novelistas continuadores de Blest Gana eligieron como naturaleza

de ambiente. Las costumbres se han transformado substancialmente y han ocurrido fenómenos sociales que no conocieron ni los hombres de 1850, como Blest Gana, ni los hombres de 1900, como Santiván o Rodríguez Mendoza, o Augusto Millán, para no citar sino los que trataron el caso del provinciano en sus novelas.

Pero ahora el problema es otro, puesto que después de las grandes crisis de 1879 y 1891 la sociabilidad chilena sufrió trastornos profundos a su contextura con el crecimiento de las ideas democráticas y la formación de los partidos de estirpe popular. Por lo tanto, los novelistas que abordaron la apología del joven provinciano que llega a conquistar la capital, conforme a la idea blestgana, no hicieron sino tergiversar los términos del problema.

¿No había acaso otros sucesos en la vida chilena? ¿No había otras inquietudes, otras contradicciones, que las que podían derivar del conflicto entre un hombre de origen modesto y una mujer de ilustre apellido? La ciudad en crecimiento, la propia clase media, el pueblo, ¿no tenían acaso sus problemas propios, sus penurias, sus características esenciales? Las mujeres de la clase media, ¿nada valían para esos héroes con repuntes de arribistas, que sólo parecían tener ojos y pensamientos para las niñas aristocráticas de la capital? Este romanticismo pernicioso, era en resumen, una demostración más de la inestabilidad de esta clase media chilena, que nunca ha parecido tener conciencia de su clase y en ningún momento ha sabido mantener la uni-

dad y la coordinación entre sus miembros. Los novelistas contribuían a mantener en vigencia el tópicico romántico, alimentaban esta diferencia fundamental de clases, humillaban con su análisis de las penurias y angustias de su héroe, repudiado muchos veces por los aristócratas, la inferioridad humana de sus tipos. La aristocracia, mientras fué dueña exclusiva del poder y de la tierra, que viene a ser lo mismo, defendió en sus mujeres el derecho de no mezclarse con hombres que no fueran de su condición social. Si algunos elementos de clase media, en las provincias especialmente, penetraron por el matrimonio en la aristocracia lugareña, ellos constituyeron excepciones. La fantasía novelesca adobó con un marcado acento cursi estos idilios entre una mujer aristocrática y el obscuro descendiente de los mayordomos de las haciendas o de los artesanos enriquecidos de las ciudades.

Pero la novela debe dar un sentido, una significación a la ley de la vida. La novela es a veces como ha dicho el crítico francés Thibaudet, una realidad posible. Pero es, igualmente, una realidad concreta, puesto que, como en el caso nuestro, se trata de dignificar y fortalecer, con la visión de personajes humanos, situaciones perfectamente posibles y reales. La novela avanza y define entre un mar de complicaciones y de complejidades. Es como una fuerza desparramada sobre las conciencias, para elevarlas de sobre el haz de la tierra y mostrar de lo que son capaces los héroes

que alimenta en su seno. Estos héroes lógicos, aun en medio de su aparente incongruencia, son los que incitan al ejemplo. Cuando se leen muchos libros en los cuales la condición humana aparece deprimida rebajada y humillada, se corre el riesgo de formar generaciones deprimidas, humilladas y rebajadas. Nosotros dijimos siempre que la clase media debería tener una fuerte unidad moral y sus tipos novelados aparecen desgraciadamente, haciendo genuflexiones, aun ante mujeres que les trataban con despego y que les hacían sentir la superioridad social de clase. Error.

Las sociedades europeas tuvieron reacciones profundas, sólo por la acción de sus novelistas. Esos pueblos leen los libros como si fueran evangelios, justamente porque en ellos encontraban satisfacciones a muchas preguntas íntimas y respuestas a muchas inquietudes. Los héroes les eran familiares en cuanto concordaban con sus esperanzas y sus ambiciones y aun con sus ideas de dominio y de pujanza. Al lado de tipos enfermos o de tipos sin voluntad, estaban los tipos dominadores, los héroes activos, los vencedores, los conquistadores, los que exaltaban la vida y se jugaban la propia vida en un impulso decisivo. De esta suerte la novela no era simplemente el documento artístico, el fruto de un gran técnico o de un maravilloso pintor de costumbres o un estilista magnífico. Era además el estímulo para la vida, el espolonazo para saber aceptar, no sólo las desgracias sino los éxitos y también, en gran parte, para saber de qué trama y de qué inextricable raigambre

está hecha la vida humana y la pasión del amor o la pasión del sacrificio o la conquista de los altos puestos o de las situaciones más esplendorosas.

Por eso queremos insistir, una vez más, en que en estas palabras no hay reproche ni censura para los novelistas chilenos. Simplemente hemos querido fijar algunos de los términos de un vasto y complejo problema que sugiere, a quien lo recorra sin pasión y sin resquemor, el panorama de la novela chilena. Nos jactamos de conocer ese panorama, no por vanidosa posición, sino porque le hemos dedicado gran parte de nuestra vida en un estudio todo lo atento que nos ha sido posible. Y los vacíos que hemos señalado en algunos aspectos de la novelística, los encontramos también en la novelística americana de la cual se ha dicho en repetidas ocasiones, con respecto a casi todos sus tipos más fundamentales, especialmente los de las últimas y célebres creaciones, que son tipos en fuga, tipos en desintegración. Al término de las novelas o huyen sin lucha o se los traga la naturaleza o caen vencidos o desaparecen sin volver a saberse nunca más de ellos.

Es decir, confirman una creencia pesimista que no puede ser sino una simple creencia literaria. Esto es, que los héroes americanos carecen de vigor para afrontar las desventuras o las contingencias o las luchas. Don Segundo Sombra se desvanece en el horizonte; el héroe de «La Vorágine», es devorado por la selva; el héroe de doña Bárbara es consumido por una mujer; los héroes de las novelas mexicanas, mueren sin gloria

en el vértigo de las guerrillas pasionales; los personajes de las novelas ecuatorianas se desintegran roídos por el ambiente. Al revés de las creaciones norteamericanas en las cuales los héroes levantan el tono de la vida y triunfan de las peores calamidades y fulguran en el éxito, después de pasar por terribles peripecias.

Es indiscutible, que la novela da un tono a la vida. Por más que se crea que la novela no es más que arte y arte difícil o arte complejo, pero arte de grandes energías humanas, lo cierto es que las novelas, en su camino incesante, a través de los lectores, van dejando en ellos una huella que estimula y corrige insensiblemente la personalidad del hombre.

Cuando otros países del continente carecían de un novelista hecho y derecho, Chile lo tuvo en Blest Gana. Junto con la formación de la nacionalidad, en sus instituciones jurídicas y políticas, se formó la nacionalidad literaria. Blest Gana había iniciado un ciclo de novelas para historiar las costumbres, para grabar los accidentes de la formación social. Mientras se pugnaba por madurar las instituciones del Estado, la novela que es el fruto de un pueblo maduro, surgía en las obras de Blest Gana, demostrando con ello que la sociedad estaba ya fuertemente articulada, puesto que era capaz de dar de sí, una prueba de su madurez.

Por eso creemos que falta en nuestra novelística la creación de muchas obras que demuestren que esta lonja de tierra no ha perdido su fuerza y su vigor. Falta

el estudio psicológico de los aspectos más trascendentales y más dramáticos de nuestra historia y de nuestra evolución como pueblo. Los temas están vivos y esperan únicamente que los escritores los transformen en materia artística y en estímulo para los lectores innumerables que esperan.